

Técnica de la Entrevista

María Esther Gilio

La entrevista es una situación creada para la comunicación de dos personas. A diferencia de la conversación espontánea que se entabla en un autobús o en un ferrocarril, esta es una situación artificial para la cual se escoge un personaje y se pacta con él la hora, el lugar, la fecha y el tema que nos interesa tratar. De manera más sofisticada podemos afirmar que la entrevista es una situación paradójica entre dos personas que durante una hora o dos se aman, se temen y se odian, es una relación de atracción y choque con características bastante particulares y específicas. En términos generales podemos distinguir tres clases de entrevista. La primera, quizá la más acéptica, se hace a alguien que tiene algo que decir con respecto a un tema determinado. Lo que interesa aquí no es la personalidad del entrevistado sino el conocimiento que posea sobre aquello que nos ocupa. Es un juego de preguntas y respuestas en el cual las relaciones de que hemos venido hablando no se dan, difícilmente pueden presentarse aspectos secundarios de atracción o rechazo.

En una segunda categoría está la entrevista que podemos llamar de personalidad, en la que interesa no lo que dice el entrevistado sino sus rasgos particulares. Importa aquí describir el ambiente y la actitud física del personaje, recoger de las historias que nos cuenta, de las vivencias que nos relata, los datos necesarios para caracterizarlo en abstracto, para configurar un prototipo con todas sus cualidades y condiciones de relación.

Por último, hay entrevistas en las cuales lo fundamental es saber quién y cómo es el entrevistado. No nos interesa qué dice sino cómo y por qué lo dice. Esto es lo más difícil porque no podemos estar con el personaje durante quince o veinte días, sólo podemos hablar con él durante unas horas y en tan corto tiempo no podemos conocerlo. De cualquier manera estamos en una situación peculiar en la que es posible aflorar una serie de características muy internas que de pronto no podemos descubrir en otras circunstancias. La entrevista pone al individuo de tal manera tenso y nervioso que podemos pescar, y digo bien pescar en él, recoger de ahí, de ese fondo, los datos que nos permitan saber cómo es ese individuo.

De lo que dice el entrevistado surge con claridad su personalidad, cuando el entrevistador adopta un rol conveniente a la profesión o vocación del personaje. Por ejemplo: Si el entrevistado es un profesor, debe el entrevistador colocarse en el papel de alumno.

Otra forma de comportarse es dejar que el entrevistado hable, que hable mucho, sin interrumpirlo y sin preguntar porque a través de lo que dice podemos ir estructurando algo que está más relacionado con su yo interno. Este papel del entrevistador es muy similar al de un psicólogo, que no hace preguntas porque con ello está delimitando respuestas, está fijando caminos y determinando estructuras que pueden entorpecer su labor posterior.

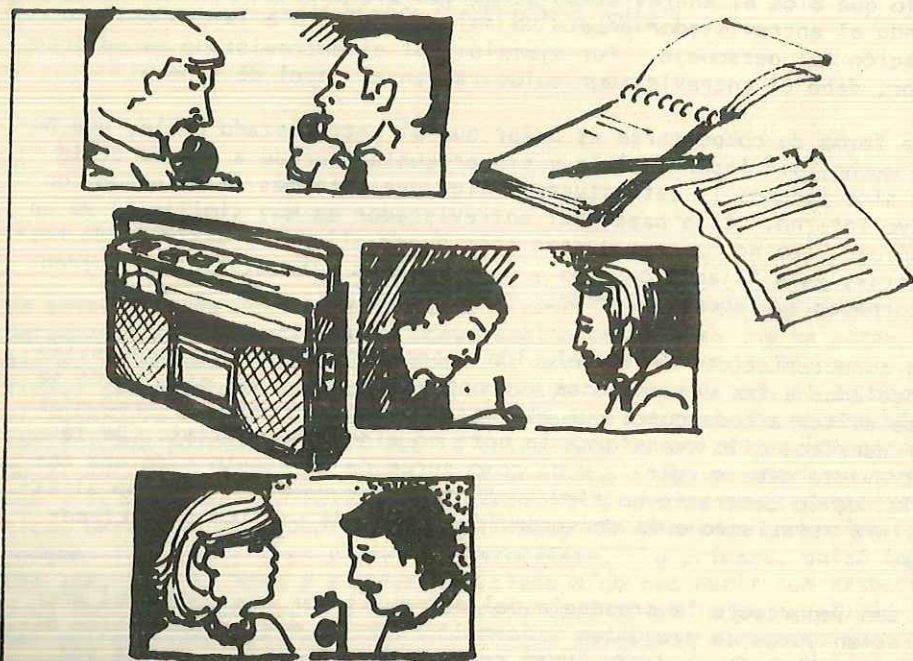
Las características de la relación entrevistador-entrevistado están vinculadas a las dos personas y nunca a una sola, por esta razón se debe evitar a toda costa que el entrevistado responda las preguntas por escrito, ello transforma la nota en algo duro, avital. De la entrevista debe surgir la vida como surge de un cuento o de una novela, de lo contrario no sirve. El receptor debe sentir como si estuviera asistiendo a la conversación entablada por los participantes.

Es tan importante la presencia del entrevistador que podríamos preparar un juego de preguntas y formularse las a dos personas bien diferentes obteniendo desde luego respuestas diferentes, ya que son personalidades diferentes que solo pueden ser detectadas por una persona, nunca por una hoja de papel.

Ahora bien, se habla muy a menudo de objetividad, yo pienso que la objetividad no existe porque todo pasa a través de un sujeto pero, de cualquier manera, el entrevistador debe proponerse ser lo menos subjetivo posible y la mejor manera de hacerlo es conociéndose a sí mismo. Cuanto más conozcamos de nosotros mismos más fácil nos será determinar si una respuesta del entrevistado ha sido motivada por ejemplo, por nuestros propios sentimientos de envidia o frustración o por la agresividad que hemos puesto en la interrogación.

En la entrevista se dan todos los conflictos de la pareja, no sólo de la pareja mujer-hombre sino de la pareja mujeres-amigos o de hombres-amigos, se dan las mismas relaciones de competencia, de lucha, de poder, etc.

Hay algo que debe quedar muy claro: La vedette de la entrevista es el entrevistado; el entrevistador es el autor y su lucimiento se hace manifiesto cuando la entrevista es publicada y leída. Es conveniente preparar un cuestionario, hacer las preguntas concediendo siempre al entrevistado la delantera, el papel de primera figura.



Para conseguir el objetivo propuesto el entrevistador puede adoptar una de dos posturas; puede ser acogedor recibiendo al entrevistado como un amigo, propiciando una relación de amor, de afecto que haga que el personaje se entregue como un niño, o puede ser tremendamente agresivo intensificando en él su ansiedad persecutoria para lograr que pierda el control de sí mismo aflorando características más suyas, más propias de su personalidad. Son dos modalidades diferentes y cada uno puede seleccionar la que más convenga a su forma de ser y a las circunstancias. Sin embargo el entrevistador agresivo debe medir su agresividad so pena de obtener una experiencia fallida o de ser echado fuera.

El acogedor busca aplacar, inspirar confianza, facilitar la entrega, ahuyentar la agresividad. Cuando el entrevistado respira hondo estira las piernas y piensa: "me he asustado inutilmente" es el momento de hacer las preguntas más importantes que constituyen luego el corazón de la nota.

Para terminar, vale la pena preguntarnos por qué acepta el entrevistado. El entrevistador tiene unos objetivos bastante claros y definidos de antemano, pero el entrevistado también espera obtener algo a cambio. Sacrifica su ansiedad en aras de satisfacer su narcisismo, su vanidad, su deseo de aparecer fotografiado en un diario, una revista, un libro. A través de la entrevista puede inclusive fantasear con la posibilidad de obtener más prestigio, más dinero o más atractivo erótico; estas cosas ponen en juego las funciones más elementales del ser humano; sexo, dinero y poder. El entrevistador por su parte recibe como recompensa el placer que proporciona apropiarse del otro, poder controlarlo, poder hacerle decir lo que se supone que el otro piensa. (M.C.G.)